

Modos de ser Calles del D.F.

Ignacio Solares

La Ciudad de México ha crecido descomunadamente como una ameba gigantesca y, en consecuencia, hubo que ponerle nombre a las calles de las nuevas colonias. Así, en la actualidad existen en la ciudad cuarenta y cuatro calles, avenidas y callejones, sin relación entre sí, que se llaman Benito Juárez.

Por ejemplo, Gonzalo Celorio vive en la calle de Progreso en la colonia San Nicolás Totolapan, mientras que Sara Sefchovich también vive en la calle de Progreso, sólo que en la colonia El Carmen Coyoacán. Por si esto fuera poco, mi cuñado vivía en la calle de Progreso pero en Magdalena Contreras.

Como se verá, las calles de Progreso parecen haber proliferado en la ciudad como producto del modelo neoliberal que padecemos.

Pero este no es el único problema, porque la ciudad se fue para los llanos, y hubo que hacer nuevas calles y ponerles nombres. Siempre me he preguntado quién inventa los nombres de las calles y bautiza las colonias.

En algunos casos es más o menos sencillo saber quién inventó los nombres. Por ejemplo, supongamos que había una comunidad que se llamaba Tepetzala antes de la Conquista, y a la que llegó un misionero español y gritó:

—¡Cómo que Tepetzala, qué es eso! ¡A partir de hoy este sitio se llama San Juan!

Por eso ahora se llama San Juan Tepetzala, para hacer gala de nuestra cultura mestiza y de la capacidad de los mexicanos para la reconciliación entre el mundo antiguo y el moderno.

Pero hay otros casos más extraños. ¿Por qué en la colonia Lagos las calles no tienen nombre de lagos?

En la colonia Lagos, parece increíble, hay una calle que se llama Don Juan y otra Don Luis. ¿Por qué no se le puso entonces a esa colonia el nombre de don José Zorrilla?

Por supuesto, sólo otro bromista pudo haberle puesto a una calle Modesto Sánchez Bergamota, que está en la colonia Lindavista. Quién sabe quién fue Modesto Sánchez Bergamota y cuáles hayan sido sus méritos, pero con ese nombre, supongo, había que descartarlo de entrada para bautizar una calle.

Una avenida muy céntrica se llama Balderas, y crecí creyendo que se le había puesto así por un torero muy famoso: Alberto Balderas, al que incluso se le llamó *El torero de México*. Al cumplirse en 1990 cin-

cuenta años de que un toro lo mató en la Plaza El Toreo, los taurinos organizaron una comida en el restaurante Tampico, ubicado en la calle que supuestamente llevaba su nombre. Cuál no sería la sorpresa de esos aficionados al escuchar al regente de la ciudad —que asistía a la comida— aclararles que la elección del restaurante fue pésima porque en realidad la calle de Balderas se llamaba así, no por el famoso torero, sino por un militar del siglo antepasado, al que nadie identificaba. La consecuencia fue que los taurinos protestaron y, claro está, hubo que abrir otra calle de Balderas a unos cuantos kilómetros de distancia. ¿Qué oficio puede compararse, en cuanto a dificultades, a la de cartero en el Distrito Federal? Martín Solares y yo



vivimos en la misma calle de Fortín Chimalistac y sistemáticamente me llegan todas las cartas y paquetes que le envían; sin remedio, lo mismo le sucede a él.

Pero en la Ciudad de México todo es significativo y por algo la calle que se llama Revolución va totalmente en sentido opuesto a la que se llama Patriotismo. También hay calles con nombres de personajes de nuestra Revolución absolutamente disímbolos, como Madero cruzando con Carranza, cuando Madero decía que Carranza era un viejo pachorrudo que para mover un pie le pedía permiso al otro, y Carranza declaró que Madero era un mío-pe en política y que Victoriano Huerta tan

sólo se le adelantó en el cuartelazo, porque él iba a darlo.

Y, bueno, en nuestra ciudad han tenido que volver a convivir Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, Francisco Villa o Emiliano Zapata, que se mataron entre sí. ¿No contribuirán sus espíritus inquietos a la confusión dentro de la que hoy habitamos?

Otro dato curioso, según nos cuenta Héctor de Mauleón en su libro *La ciudad que nos inventa* es que en la década de los años veinte del siglo pasado, Álvaro Obregón rebautizó la mayor parte de las calles del centro con los nombres de las repúblicas latinoamericanas que había reconoci-

do el gobierno. La calle del Relox se convirtió en República de Argentina, San José del Real en Isabel la Católica, Santa Catarina en República de Brasil, la Puerta Falsa de Santo Domingo en República del Perú. Agrega De Mauleón: “De este modo se oficializó la ruptura de la urbe con su pasado. A partir de aquella época puede ocurrir que las calles sean nombradas según el proyecto político en turno”.

José Emilio Pacheco en un “Inventario” del antiguo *Diorama de la Cultura* imaginó una breve lista de escritores que podrían darle nombre a ciertas calles y que, proféticamente, parece imaginada por Vicente Fox:

- Pablo Cernuda
- Manuel Gual with Man
- Damas O Alonso
- Miss Gabriela Tral
- José Luis Borja
- Julio Romero de Torri
- Virginia Golf
- Camilo José Feliciano
- Marcel Pus
- Francisco Javier Alejo Carpentier
- Luis Ser Nada
- Teófilo Go Thiers
- Benito Pérez Prado
- Gabriel García Marx
- Óscar Guay
- Luis Turbina G.
- Ruth Yard Kipling
- Enrique Lihn Yutang
- D. H. Lawrence de Arabia
- Omar Alá Chita Khayyam
- Mario Bar Gayosso
- Thomas Super Mann
- Maestro Torcuato Caso
- Hans Christian Andersen Imbert
- Gabriel West Zaid Story
- Jacqueline Voltaire
- Ernest G. Ming Wilde
- Eurípides Sófocles Onassis
- Fedor Dostos Pasos
- Jose Luis Martínez Guzmán
- Gibrán Jalil Jaibol
- Pancho Villa Urrutia
- Baruj de Spinoza “Armillita”

Y bueno, en una crónica de 1905, Ángel de Campo “Micrós” se preguntaba cómo podían presentarse en sociedad señoritas que vivían en las calles Las Arrecogidas o El Órgano. **u**

